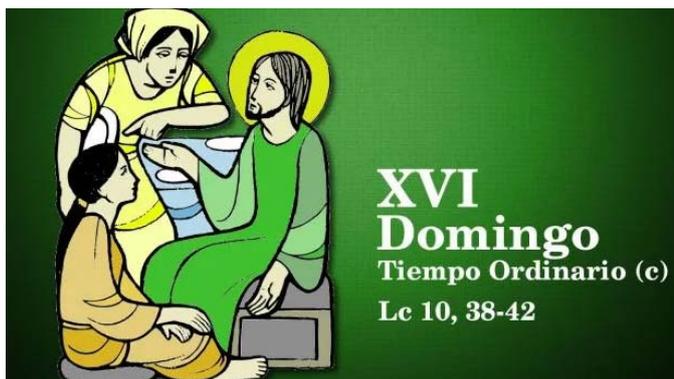


## 16° Domingo del Tiempo Ordinario - C - 20 de julio de 2025 (Gn 18, 1-10a; Col 1, 24-28; Lc 10, 38-42)

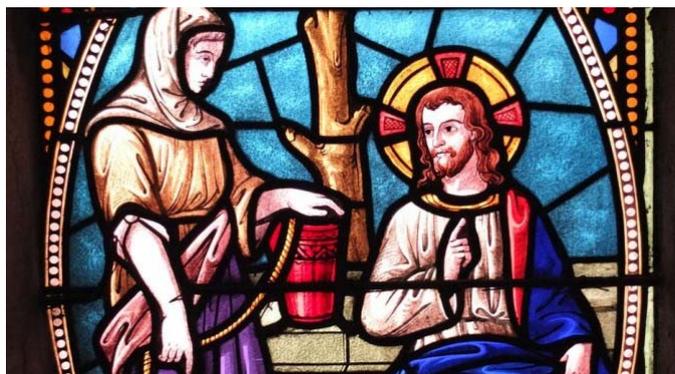


En su subida hacia Jerusalén, Jesús se detiene en un pueblo cuyo nombre no menciona el Evangelio. Un lugar que podría ser nuestro, nuestro barrio o nuestra comunidad. Entra discretamente, como un viajero cansado, tomando a veces el rostro de los migrantes, de los refugiados, de los sin techo o esos rostros familiares cargados de sufrimiento y esperanza, a menudo ignorados.

Este pasaje, que sigue a la parábola del samaritano, completa la enseñanza sobre el doble mandamiento del amor: el amor de Dios y el amor al prójimo. En efecto, si la parábola del samaritano pone el acento sobre el amor al prójimo, el encuentro con Marta y María ilustra, por su parte, el amor del Señor Dios (cf. Lc 10, 27). Parece que san Lucas está tratando de abrir nuestros ojos sobre la forma en que acogemos a Jesús y su Evangelio en nuestra vida.

Marta y María: dos actitudes complementarias. Una, a imagen de la viuda de Sarepta o de la mujer de Shounem (1R 7,10ss; 2R 4,10), se ocupa con generosidad para acoger. La otra encarna la escucha silenciosa, esa escucha contemplativa que el Padre recomienda en el día de la Transfiguración: "Escuchadlo". Una abre las puertas de su casa, y la otra abre las puertas de su corazón.

Marta y María viven en cada uno de nosotros, pero también a nuestro alrededor. En nosotros, porque nos sucede adoptar, conscientemente o no, la actitud de una u otra, según las circunstancias o nuestro estado interior. Alrededor de nosotros, porque a veces reconocemos sus rasgos en nuestros seres queridos, nuestras familias o nuestros hermanos que a veces tendemos a juzgar, según se inclinan hacia la acción o hacia la contemplación. A veces olvidamos que lo esencial no es elegir una postura de una vez por todas, sino aprender a discernir, en cada momento, qué es mejor: escuchar o actuar, según lo que demanda la presencia de Cristo aquí y ahora.



Jesús, diciendo a Marta: "*Te preocupas y te inquietas por muchas cosas*", señala con el dedo una tensión interior causada por las preocupaciones de la vida cotidiana. Invita a la confianza, al abandono y a la paz del corazón. La vida espiritual crece en el desapego interior que es una condición necesaria para acoger plenamente la presencia de Dios en el momento presente. Más allá de los papeles distintos de las dos hermanas, es la calidad de su acogida de Cristo lo que se pone en evidencia. La verdadera hospitalidad nace de un corazón abierto, benevolente y generoso, capaz de acoger al otro tal como es, con sencillez y alegría.

Retengamos del mensaje de este domingo que la hospitalidad es un lugar sagrado donde Dios se deja encontrar. Abraham, acogiendo a los tres extranjeros es uno de los mejores ejemplos (Gn 18,1-10). Aún hoy, sin saberlo, podemos acoger en nuestra casa a ángeles (cf He 13,2) o simplemente perdernos hermosas ocasiones de encuentro con lo divino. En la hora en que algunos se sienten a veces extraños dentro de su propia familia, esta Palabra nos interpela: ¿cómo podría un humilde desconocido esperar aún recibir en nuestra casa un simple vaso de agua ofrecido con bondad?



P. Jackson Fabius, smm